



AYER Y HOY



4

Febrero-1949



Acontecimientos de AYER

Febrero del año 1623

Muere en Toledo el insigne historiador toledano Padre Juan de Mariana.

El 16 de Febrero del año 1623, entrega su alma a Dios el venerable Padre Juan de Mariana. Esto sucedió en la residencia de su Orden, donde hoy existe el Beaterio de las Terciarias.

Más tarde, se trasladarán sus restos, en compañía de los de otros dos ilustres varones, los PP. Rivadeneira y Ripalda, a la iglesia de San Ildefonso (San Juan).

Cuando el Padre Mariana contaba veinte años, desempeñó la cátedra de Teología en Roma, después en Sicilia, y luego, en París, explica Literatura Sagrada.

Regresa enfermo a España y fija su residencia en Toledo.

A pesar de sus dolores físicos, sigue predicando y escribiendo.

Su bella «Historia de España», en la que invirtió treinta años, le pone al nivel de los mejores historiadores de su época. Se decía que Roma tenía medio historiador —Tito Livio—, España uno, él, y las demás naciones ninguno.

Para el Padre Mariana no tenía secretos el griego ni el hebreo, y para Cicerón hubiera sido un rival en el latín.

La calavera de este notable toledano se encuentra en el Museo Arqueológico de nuestra ciudad.

RAMIREZ DE DIEZMA

NUESTRA PORTADA (Xilografía)

PUENTE DE ALCÁNTARA

Por GUERRERO-MALAGÓN

Los puentes son las dos asas de la caldera vieja de Toledo. La llama de la ciudad se apagó; quizá quede entre las cenizas algo de rescoldo; no sé, porque la caldera está fría; las asas, o sean los puentes, están fríos también; son reconstrucciones hechas roca; tienen el color gris de los siglos, pero de fondo, porque luego si se observa detenidamente, se ven borrones de ocre sucio. ¿Qué secreto han dicho que hay en Toledo? Quizá le haya; yo no encuentro otro que el del tiempo.

El tiempo, que se adueñó de esta tierra áspera y dura, y con las sobras de todos los colores que emplea en embellecer otros terrenos, los mezcla y mezcla hasta tener un color que es el que emplea en pintar o emborronar nuestro Toledo. Después, con los rayos del sol, que son los pinceles más finos, restrega por encima y queda esa pátina vieja, podrida, que no hay quien dé con ella.

Yo afirmaré que este es el secreto de mi Toledo y la preocupación de los pintores que quieren interpretarlo.

NUEVAMENTE EMIGRA UN GRECO

Hemos podido recoger el rumor de que nuevamente, un cuadro del Greco, se marcha de nuestra ciudad, un rumor tan extendido entre nuestros medios artísticos locales, que estas líneas no pueden tener ambición sensacionalista, sino de mera información.

Sabido es que, Domenico Theotocópuli, vino a Toledo para pintar los cuadros de los retablos de la Iglesia del convento de Santo Domingo el Antiguo. En «La Asunción», hecha para el retablo mayor, figura su firma y la fecha, 1577. Por los cuadros de este retablo el pintor cobró mil ducados; pero no trabajó solamente en los

colocada en el ático del retablo, se substituyó por otro cuadro del Greco, que probablemente ocupaba uno de los retablos laterales en la misma Iglesia: «La adoración de los Pastores». Este es, amigo lector, el cuadro que nos ocupa.

Esta pintura no se hizo para el sitio que hoy llena. Hace pensar así el dato de que en el mismo retablo existía otro cuadro con idéntico tema. Además, es notorio que el cuadro situado ahora en la parte más alta del retablo, está perfectamente enclavado en la llamada *tercera época* del Greco, es decir, que habían pasado bastantes años desde que cobró los mil ducados hasta que pintó este lienzo. Hay, por otra parte, documentos antiguos en los que se describe en aquel lugar, no «La Adoración de los Pastores», sino *Cristo muerto en brazos del Padre Eterno, con muchos ángeles de rodillas*.

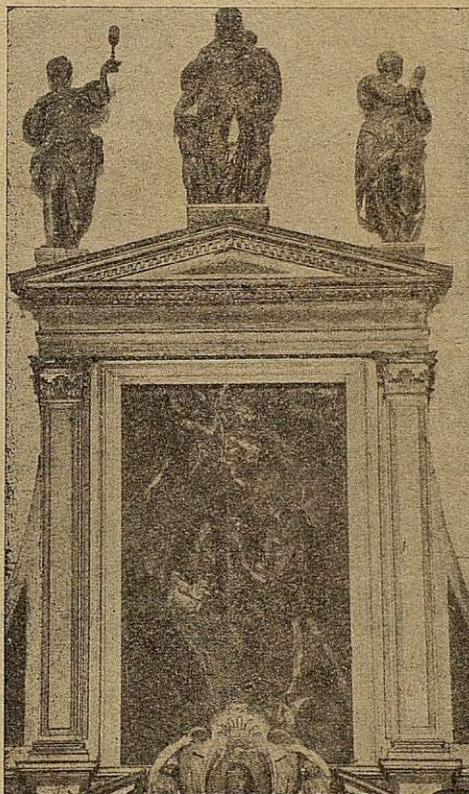
Pues bien, esta «Adoración de los Pastores», acoplada sin duda para tapar el vacío causado al llevarse «La Trinidad», a una altura enorme y con luz pésima —apenas si habrá tres docenas de toledanos que la conozcan— es la que, según hemos oído, va a ser vendida.

No nos alegra la noticia. Es triste pensar que poco a poco han de ir saliendo piezas valiosas del tesoro artístico de la ciudad. Sin embargo, debemos ser razonables y suponer que este cuadro, si consigue escapar felizmente de la intensa restauración que necesita y llega a formar parte de algún museo, acaso desarrolle allí una misión más importante que colocado en el inaccesible y oscuro lugar que ahora ocupa (1).

Toledo vive como esas familias de rancio abolengo, que, empobrecidas después de veinte generaciones gloriosas, con dolorosa dignidad, van vendiendo sus alhajas, tapices y lienzos, porque es imperiosa la necesidad de cada día. Nuestra ciudad, pobre en dinero pero rica en tesoros, tiene que soportar con dignidad dolorosa la venta de sus joyas, sus lienzos y hasta sus maderos y sus piedras, cargadas de historia y de arte.

Acaso sea su postrer destino desparramar por el mundo vacío, la inmensa espiritualidad que los muchos siglos depositaron en su seno.

ANTONIO DELGADO



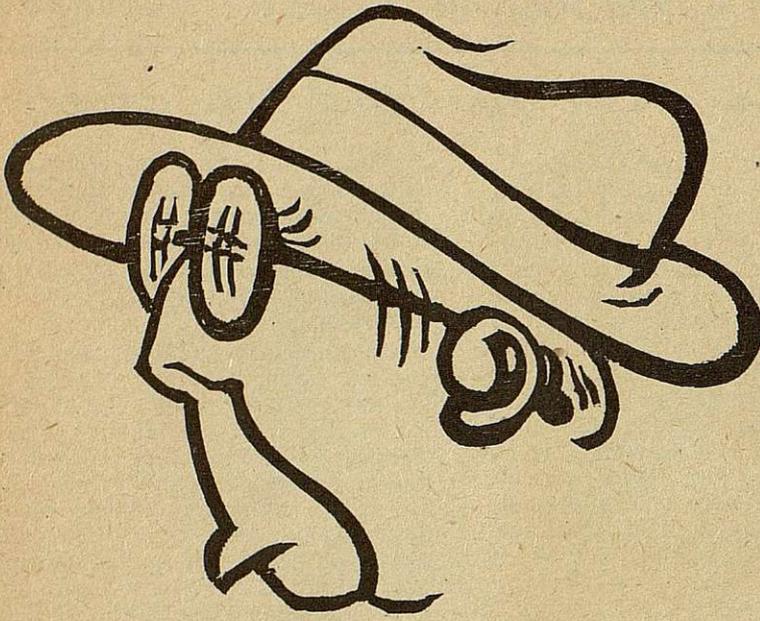
lienzos, pues como acertadamente dice Cossio, en la traza arquitectónica del retablo, se aprecia la mano y los gustos que el Greco traía de Italia. Se sabe que la talla se pagó a Monegro; sin embargo, las tres «Virtudes», situadas en lo alto del mismo, por varias razones pueden considerarse hijas de la inspiración del cretense.

Ocho fueron las composiciones pictóricas que el Greco hizo para este retablo, punto de partida de su labor en España; de ellas, cuatro fueron arrancadas de su sitio; tres substituidas por copias: «La Asunción», «San Benito» y «San Bernardo»; la cuarta, «La Trinidad», que hoy se admira en el Museo del Prado y que estaba

(1) La fotografía que ilustra este artículo, conseguida por Rodríguez, fué tomada con teleobjetivo y una exposición de 45 minutos.

GALERÍA

ENRIQUE VERA, ACADEMICO DE SAN FERNANDO



Recientemente ha sido nombrado Académico de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, de Madrid, el Presidente de nuestra Asociación, D. Enrique Vera Sales. Con este nombramiento viene a premiársele su incansable labor toledana, realizada con tanto cariño por medio de sus pinceles y de sus actos.

Discípulo de su padre, el pintor D. José Vera, que sin duda le comunicó su amor hacia las Bellas Artes; la vida de D. Enrique se consagró íntegra a ellas. Ya muy joven, concurre a varias exposiciones nacionales y extranjeras, obteniendo señalados triunfos; consigue Mención Honorífica en la Nacional de Madrid de 1912, y Premio Honorífico en la de Viena de 1911. Su carrera continúa en ascenso, cosechando nuevas distinciones que culmi-

nan en la Medalla de Oro de la Nacional de Bellas Artes de 1945.

Pero su obra no es solamente la de un pintor de cuadros. En la Escuela de Artes y Oficios de Toledo, organismo en el cual el Sr. Vera es Director, viene desarrollando, desde hace muchos años, una eficaz labor docente en las disciplinas de Dibujo y Pintura.

Fué comisionado por la Fábrica Nacional de Armas para realizar estudios, en Viena, de las técnicas de esmaltes sobre metales, instalando a su regreso a España el taller de esmaltes de dicha Fábrica, que desde entonces funciona.

El 27 de Octubre de 1929, fué recibido Académico de número, en la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo, de la cual es Secretario Perpetuo. Asimismo es correspondiente de varias Academias de nuestra Patria y fuera de ella.

Esta es la figura toledana que justamente ha sido designada para ocupar sillón en el más alto organismo artístico de España. Toledo le conoce, como él conoce a Toledo, pues sus pinceles han sabido interpretar, en gran número de obras, la difícil luz y el color milenario de sus piedras. Y nuestra ciudad se sentirá orgullosa de este honor que recae en uno de sus hijos.

Nuestra Asociación de Artistas Toledanos «Estilo», se honra de tenerle por Presidente de su Junta Directiva. Y AYER Y HOY, al traer su nombre a estas columnas, felicita calurosamente al artista tenaz y al toledano entusiasta y amante de su patria chica.

GARCÍA-LASO

Caricatura de Ruiz de los Paños

(Grabada en madera por Guerrero Malagón).

CONFERENCIA LITERARIO-MUSICAL

Siguiendo el ciclo de conferencias organizado por «Estilo», el día 30 de Enero se celebró, en el Paraninfo del Instituto Nacional de Enseñanza Media, un acto literario-musical sobre el Romanticismo.

Primeramente D. Clemente Palencia, Cronista Oficial de Toledo, disertó, a modo de prólogo, sobre «El mundo de los románticos». Sus cálidas y documentadas palabras ambientaron perfectamente al auditorio, en ese mundo fantástico y exaltado de poetas y músicos, que cantaron con devoción y fruición a la muerte, llenos de un sentido trágico de la vida, influidos por el agonizar constante de las suyas propias. Este interesante prólogo del señor Palencia, fué largamente aplaudido.

Manuel Esteban Infantes, con el gracejo y amenidad a que nos tiene acostumbrados, desarrolló el tema «El Romanticismo en la música; Chopin». Después de una brillante exposición sobre la evolución mu-

sical desde los clásicos hasta los románticos, ilustrada con ejemplos al piano, se detuvo extensamente en la figura de Federico Chopin, brindando una biografía minuciosa y documentada del músico polaco. Luego interpretó al piano, con la soltura e inspiración que ya conocemos, varias composiciones de este mismo músico, destacando brillantemente en la versión que nos regaló de la Polonesa n.º 10. Infantes fué calurosamente aplaudido.

La señorita Lolita Monroy recitó varias poesías de Bécquer y Espronceda, como homenaje a los románticos españoles. Venciendo la dificultad que tales poesías encierran para la declamación, el temperamento artístico de Lolita consiguió matices de exquisita feminidad en ellos, sobre todo la poesta de Espronceda titulada «La Cautiva», dicha con verdadera vibración antimica. Después, declamó una bella composición de D. Clemente Palencia, muy

inspirada, que fué fervientemente aplaudida, así como toda la actuación de Lolita, que al final, entre aplausos, fué regalada con flores.

El selecto auditorio que llenaba el Paraninfo del Instituto salió altamente satisfecho del acto, siendo muy felicitados los participantes y los organizadores.

Benito Esperanza, galardonado

El Jurado calificador de las 1.500 obras presentadas a la VIII Exposición Nacional de Arte, de Educación y Descanso, ha concedido Medalla de Bronce y viaje de estudios pagado, a nuestro amigo, asociado de «Estilo», Benito Esperanza, por su óleo *Toledo desde San Martín*.

Nos complacemos en consignar la noticia al tiempo que felicitamos sinceramente a este joven artista autodidacto y le animamos para conseguir mayores éxitos.

TOLEDO EN EL ARTE

¿QUÉ ES EL ARTE? — CONCEPTO DE ESTILO

POR GUILLERMO TÉLLEZ

De la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo

Aunque este artículo tenga carácter general y pudiera extrañar a cualquier ansioso de aprender arte en tres días, me creo con derecho a escribirlo, ya que por haber dicho lo que no es el arte, debo decir lo que, a mi juicio, es para poder valorar el arte de Toledo, limitándome naturalmente a las artes plásticas, obras que se realizan con las manos y se perciben con la vista, sin símbolos intermedios.

El arte plástico se realiza en una obra material, con intención de ser vista. Se califica con una serie de adjetivos, que unos pertenecen a las ciencias puras (arenado, policromado, etc.), otros a las técnicas (forjado, repujado, martillado), otros caen dentro de la Historia (gótico, plateresco) y otros son francamente estéticos (bello, agradable, sublime), que, por paradoja, siendo los más cercanos al arte, son los que valoran menos, por usarse muy sin ceñirse al caso y por no ser diferenciales de otras obras artísticas. Las típicamente estéticas, implican una catalogación en el mundo de los hechos culturales y una adhesión, indiferencia o repulsa de nosotros.

Todos estos juicios suponen la contemplación inmediata del objeto, y todo lo que lleve al objeto y haga mantener la contemplación, prolongando el tiempo de captación intuitiva, favorecerán la ocasión de la formación del juicio estético.

Los demás datos forman la cultura artística, buena en una reunión de hombres civilizados, pero sin vibraciones espirituales propias, por lo menos en materia de arte.

Por lo tanto, los datos, cuanto más imprecisos sean y cuanto más se alejen del objeto en sus cualidades objetivas, tanto más distraerán de la contemplación de la obra de arte y ahogarán la aparición del juicio propio, que es el que realmente tiene valor en arte. Todo juicio de esta condición, no sentido o comprobado personalmente, tiene a lo más valor de erudición o información.

Analizadas estas notas, propias de la obra de arte, la mayoría se resumen en el concepto de estilo, concepto sugerente para el arte y que por añadidura define esta Sociedad.

El estilo aparece en una época dada y agrupa con caracteres colectivos lo típico de un período histórico en arte, pues aun en los estilos más personales, como el Greco, Velázquez y Rembrandt, aparecen con notas más o menos claras, pero perfectamente encajables en las características generales de su época.

¿Qué es el estilo? Le concebimos como un conjunto de notas afines y diferenciales que consiste casi siempre en una serie de formas estilísticas, entre las que son muy interesantes las curvas de sentimiento y las que simplifican los complejos de la naturaleza, quitándole detalles que dificultan

las armonías de las líneas en el mutuo juego de ellas.

Cuando el estilo simplifica, se llama estilización; lo cual no ocurre siempre, pues ciertos artes, como el japonés, que acusan los detalles naturales y tienen estas notas como características de su estilo. Igualmente ocurre a la caricatura, que tiene esta acentuación como esencia.

Las características de los estilos se acusan mejor en la arquitectura y en las artes decorativas que se cobijan en ella. Se ve también claramente en la escultura; pero en la pintura la agrupación de las obras se denomina *escuela*, sin que el cambio de nombre afecte a la esencia del arte, sobre todo las pertenecientes al barroco y al neoclásico, aunque en pintura las notas estilísticas no son tan perceptibles a primera vista.

El estilo tiene *composición*, ritmo y *galbo*. Mas estudiados los dos primeros, voy a interesarme por el «galbo», que lo tomo de la terminología de la columna, prefiriendo esa palabra a garbo, idéntica, pero que pudiera parecer de ópera calé, que no domino por ahora; reputa así la línea ondulada o cambiante, a veces mixta, de los cuerpos de revolución, líneas que fueron creadas por el torno desde la curva de la copa griega a la de la cúpula perso-árabe. El torno cerámico lo lleva a los cacharros y balaustres, por lo que da notas comunes a la arquitectura y la alfarería. Me parece interesante este galbo, pues aparecen curvas muy artísticas en cerámicas exentas de toda decoración, como las del Aegar (Almería).

Además del interés general que inspira el estudio del galbo, lo creo digno de mención aquí por definir la cerámica toledana, sobre todo la de nota mudéjar, que es la mayoría, a excepción de las de tipo erudito, y que se caracterizan por sus perfiles pesados, cuellos cortos, anchos, rectos, incidiendo en ángulo sobre el cuerpo de la vasija; apuntadas estas breves notas sobre estilo, veamos qué es pues la obra de arte. La obra de arte es aquella que, además de llenar otras aspiraciones espirituales, produce en nosotros, al contemplarla directamente, una impresión personal directa difícilmente comunicable a los demás por los medios convencionales de los lenguajes de las ciencias y del común verbal. Este estado es de aprecio, admiración, indiferencia, expectación, repulsa o desprecio que comunicamos a los demás, aproximadamente, por medio de adjetivos de valor estimativo, para intentar su consentimiento, adhesivo o repulsivo.

La obra de arte produce este estado espiritual por una modalidad propia del artista, al hacer, generalmente inconsciente, difícilmente comprimible y a veces pesar de su voluntad de hacerlo o no hacerlo.

Por lo tanto, el mundo artístico no se desprende del campo de la *intuición*, pero esta intuición, que actúa en la *contemplación* directa y todo aquello que documente o dé motivo a la continuación de esta contemplación, afianzará o dará ocasión a la aparición del juicio valorativo de la obra de arte, o por lo menos documentará una cultura concreta artística, favoreciendo el reconocimiento y clasificación de la obra, aunque no se pueda valorar en su esencia estética.

Documentan y cercan la obra de arte hasta hacerla hablar: el *conocimiento histórico* de la obra, por lo menos de su siglo; el dato *geográfico* en el mapa general del estilo; el *tema* y el modo de resolverlo otros artistas; el *material, técnica* y la *ocasionalidad* de la obra (mecenazgo o libre).

Sin poderme detener por hoy en estos puntos generales, diré algunas notas amplias de los estilos en Toledo, comprobable en lo que aquí queda.

El *visigodo* lleva el gusto de las joyas o las piedras, dando una decoración parietal sin ligazón con la tectónica del edificio.

El *árabe* suele manifestarse en variedad de temas sin aceptar como definitiva una solución (juego); tal las cúpulas del Cristo de la Luz, gusto que he comprobado en otros sitios.

El *mudéjar* toma del árabe la tendencia al ritmo alterno, que se puede ver en el pequeño ábside de Santa Isabel.

El *gótico* tiene como característica el ritmo ascendente; ojivas, pináculos, flechas: aquí, contenido en general y sólo libre en la torre catedralicia.

En el *plateresco*, reputo una nota dominante de ser arte *funerario*, pues nace en lucillos sepulcrales, toma una característica patética, sustituyendo el pináculo por el flamero, que acentúa la amargura de las figuras torturadas. Puede comprobarse el sepulcro del Obispo Carrillo de Zarza en la capilla de San Ildefonso (Catedral).

El *Renacimiento* tiene tendencia a la simetría y ritmos circulares, presentándose en Toledo vario y difuso (Tavera, Alcázar, etc.).

El *Barroco* manifiesta ritmos pesados, algo comprimidos en San Ildefonso.

El *Rococo*. La Capilla del Transparente, a pesar de su confusión, no pierde las esencias tectónicas, tendencias horizontales.

El *Neoclásico* tiene una gran obra en el Instituto, una anécdota en Puerta Llana y alguna casa por Ave María (tendencia a un piso).

Nadie estudie arte en Toledo en una guía; las guías son eso: guías, para guiar en unas horas a un turista erudito o analfabeto; para ellos son útiles; para empezar debe uno documentarse en un estilo y concretar lo estudiado en una obra; después recorra los monumentos de Toledo que tengan huellas de este estilo. Sabido lo más que pueda, ante la contemplación de un monumento se debe catalogar y clasificar por escrito. Y si al comprobarlo no se acierta, puede seguirse o romper la pluma, a elección del erudito.

La toledana Luisa Sigea, maestra y musa de la Corte de Portugal

POR CLEMENTE PALENCIA (Cronista Oficial de Toledo).

Muchas damas de finales del siglo XV y comienzos del XVI adquieren fama de eruditas; algunas llegaron a explicar en las Universidades.

Entre ellas —sin poder olvidar a Beatriz Galindo, la gran humanista de los Reyes Católicos—, María de Pacheco, de la noble Casa de los Mendozas, Lucía de Medrano, catedrática de Latín en Salamanca, y Francisca Nebrija, catedrática de Retórica en Alcalá.

Hubo mujer erudita que llegó a asistir vestida de hombre a las clases de la Universidad, como Feliciano Enríquez de Guzmán, autora del libro «Jardines y Campos sabios», a la que recuerda Lope de Vega en su Laurel de Apolo:

«se fué a estudiar de Ovidio el arte
la bella Feliciano

.....
Pues mintiendo su nombre
y transformado en hombre
oyó filosofía
y por curiosidad astrología.

(SILVA III.)»

Una de las figuras más destacadas de este movimiento feminista fué Luisa Sigea, nacida en Toledo, entre los años 1515 y 1520, hija de Diego Sigée, de origen francés, establecido en nuestra ciu-

dad en los primeros años del siglo XVI.

Trasladado su padre a Portugal, se encargó de la educación de los hijos del Duque de Braganza, siendo presentada su hija a la Corte de D. Manuel, en donde causó la admiración de la Princesa María, que decidió tomar a Luisa Sigea para maestra y consejera en sus estudios.

Encargada después de la formación cultural de la hija de D. Juan III, medió en las negociaciones matrimoniales de ésta con Felipe II, y siguió el fastuoso cortejo de bodas, compuesto de príncipes, obispos, músicos y juglares, que avanzaba de Badajoz a Salamanca.

Su trato con las personas de la Corte, habían de inspirarla un libro, en el que encontramos los mismos razonamientos que en aquel otro del sabio obispo de Mondoñedo, Fray Antonio de Guevara, consejero de Carlos V.

Ambos libros están dedicados a dos príncipes portugueses, y los dos coinciden en el título; el de Fray Antonio: «Menosprecio de Corte y alabanza de Aldea»; el de Luisa Sigea: «Diálogo sobre la diferencia entre la vida sencilla y la de la Corte». Como eminente latinista, escribió Luisa su libro en latín; latín de Renacimiento, sembrado de sentencias y de elogios chispeantes.

El curioso diálogo es sostenido por dos damas, versadas en griego, que comentan la doctrina de Aristóteles, de Platón, Jenofonte y Plutarco. Un autor contemporáneo de la escritora la llama nueva Musa de las Letras, y compara su estilo con el de Erasmo.

Cuando fué elevado a la silla pontificia Paulo III, recibió una epístola laudatoria de la escritora toledana; estaba escrita en griego, en latín, hebreo, siríaco y árabe. Desde aquel día, su nombre fué conocido y admirado por los hombres más doctos de Europa. Cualquier frase célebre se atribuía a su pluma, y su propia fama llegó a perjudicar su nombre, pues durante algún tiempo se consideró como obra suya un libro descarado: «De arcanis Amoris et Veneris», escrito por Chorrer.

Después de haber ilustrado una Corte, Luisa vino a contraer matrimonio con un caballero de Burgos, Alfonso de las Cuevas, y allí murió.

Si la toledana Luisa Sigea no fué la mujer silenciosa de Fray Luis de León, ni la que elogiaba Vives, fué al menos la escritora más esclarecida que Toledo ofreció en aquel movimiento de cultura femenina que partió de la reina Isabel la Católica.

MANCHAS DE COLOR

III

SANTA MARÍA LA BLANCA

Avanzando un poco más, nos adentramos de lleno en el Barrio de la Judería.

La voz imperiosa de nuestros concilios, fué empujando poco a poco a los judíos hasta un extremo de la ciudad, y aquí, ellos vivieron el esplendor propio de su característica racial.

Comprendieron la importancia de Toledo y a ella trajeron las afamadas academias cordobesas, esto en el orden cultural; pero como ellos sabían compaginar el espíritu con la materia, este barrio fué el emporio del comercio oriental.

Las tiendas mostraban, en abigarrado pintoresquismo, variada y polífera mercancía, objeto de sus transacciones.

En una, babuchas y repujados cueros cordobeses; en

otra, la fragancia de sus perfumes quemados en pebeteros hacía añorar la lejana y misteriosa Arabia; en la de más allá, flameaban banderolas de Sevilla; enfrente, mullidas alfombras y bellos tapices turcos; al lado, afligrida labor en oro y plata y engarzadas piedras preciosas con luminosos destellos; más arriba, espadas, alfanjes y dagas templadas por el Tajo; aquí, las ricas sedas y suaves terciopelos, procedentes de los telares toledanos; más acá, chales de Cachemira, telas de Damasco, tules vaporosos y muselinas de la India, y pululando entre tenderetes y callejas, una apiñada e inquieta muchedumbre, docta, soez y ceremoniosa, tan heterogénea como las mercancías pregonadas.

Enclavada en el corazón de este poblado, está la sinagoga israelita, Santa María la Blanca, que se elevó sobre los cimientos de la tierra traída de Jerusalén, la ciudad deicida, escenario del drama del Gólgota.

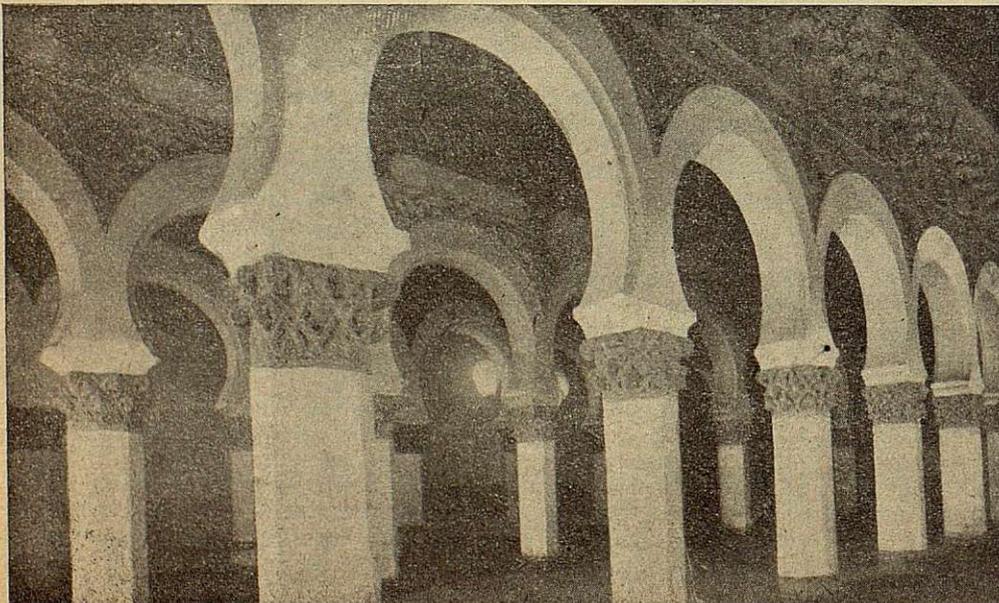
En su recinto, los rabinos toledanos expresaron su enojo al conocer la ignominiosa muerte de Jesús de Galilea. Sus treinta gruesas columnas sentirían un temblor espiri-

tual de santa emoción, transmitido a sus veintiocho sutiles arcos, al oír la condenación del bárbaro acontecimiento.

Andando el tiempo, la elocuencia arrebatadora de San Vicente Ferrer iluminó los entendimientos de muchos judíos y la decidieron al santo varón para que la consagrara en iglesia cristiana.

El siglo XVI, con sus inquietudes místicas, convierte Santa María la Blanca en acogedor refugio de pecadoras, donde el sortilegio del ambiente las hace más femeninas, purificándolas.

Y cuando en la hora santa del atardecer cantan sus oraciones unidas de fe, en esos momentos sentimentales, sería para ellas una lejana añoranza el breviario de amor de todas las juventudes. — PABLO GAMARRA.



VIAJEROS EN TOLEDO

GAUTIER Y SU "VIAJE POR ESPAÑA"

Cuando el gran Teo viene a España, tiene 29 años. Es en 1840 (1). España es un país pintoresco y terrible, infestado de bandidos. La aventura de España es eso: una aventura. Atravesar la Península es jugarse la vida, pero en ese juego —fieramente delicioso—, qué inmenso placer, qué prodigiosa emoción.

El País Vasco, Burgos, Valladolid, Madrid, El Escorial, son visitados por el poeta con los ojos curiosamente abiertos. Muchas leguas sobre galera o diligencia, en largas peregrinaciones por los viejos caminos, han ganado encanto con el temor de los bandidos: sin embargo —reconoce el escritor—, ello es exagerado, pues en las zonas más peligrosas, no se ha visto nada que justifique el pánico proverbial.

A Toledo. Toledo es una de las más antiguas ciudades, no solamente de España, sino del Universo entero. Se sale de Madrid por la puerta y el puente llamados también de Toledo, todo adornado éste de jarrones, volutas, estatuas, rizos de gusto mediocre y, no obstante, de un efecto majestuoso.

Camino detestable. Llanura interminable, polvorienta, cubierta de trigos y centenos, cuyo amarillo pálido únese también a la monotonía del paisaje. Cruces de mal augurio, puntas de campanario revelando algún lejano burgo desapercibido, lechos de arroyos secos... En Illescas, el almuerzo: sopa de ajo con huevos, tortilla con tomate, almendras tostadas y naranjas, todo rociado con Valdepeñas bastante bueno, pero tan espeso, que pudiera cortarse con cuchillo. A partir de Illescas, el camino se hace más accidentado y, por tanto, más abominable; no hay sino hondonadas y derrumbaderos.

La entrada a la ciudad de los Concilios realízase por una magnífica puerta árabe, de arco elegantemente dilatado, con pilares de granito rematados de bolas y recargados con versículos del Corán. Es la Puerta del Sol, perfilada admirablemente sobre la limpidez de un cielo lapislázuli.

Próxima a ella se encuentra una especie de terraza desde la que se goza una vista inmensa. Se descubre la Vega, con árboles y cultivos. El Tajo, atravesado por los puentes de San Martín y Alcántara, rueda vertiginosamente, en olas amarillentas y abraza casi enteramente la ciudad. Bajo esta terraza, deslumbran los tejados morenos y brillantes de las casas, los campanarios de conventos e iglesias, en dameros verdes y blancos, y más allá, colinas rojas y descarnados escarpados, cierran el horizonte. La transparencia de la atmósfera deja en toda su pura nitidez las líneas de las cosas y permite discernir hasta los menores detalles.

Fonda del Caballero. Buena construcción, con un patio interior enlosado de mármoles de color, formando mosaico,

con pozos de mármol blanco y pilas revestidas de azulejos; columnas y arcadas y, en el centro, un surtidor. Un «tendido» de lona se repliega por la noche para dejar penetrar la frescura nocturna. La comida es bastante pasable: chuletas, huevos con tomate, pollos fritos, truchas del Tajo, y una botella de Peralta, vino caliente y licoroso, de cierto saborcillo moscatel.

Las calles de Toledo son extremadamente estrechas; se podrían asir las manos de una fachada a otra. Pero en lo hondo de estas profundas cortaduras, formadas por islas de casas, se goza de una sombra y un frescor deliciosos; y así, en ellas, el plomo derretido que Febo lanza, no alcanza nunca. Las mujeres salen a pie, con zapatitos de raso negro, y sobre el pavimento de guijarros agudos y brillantes, es de ver esos pasos de gacela corroteando alegremente.

Las mansiones toledanas presentan un aspecto imponente y severo. Tienen pocas ventanas, y, aun estas, habitualmente enrejadas. Las puertas, con pilares de granito azulado, coronadas de bolas, tienen un aire sólido, con constelaciones de clavos enormes.

El Alcázar está situado, a manera de Acrópolis, en el punto más alto de la ciudad. El ardiente sol de España, que enrojece el mármol y presta a la piedra tonos de azafrán, lo ha revestido de un traje de colores ricos y vigorosos. Hay una escalera, de elegancia de hadas, con columnas, rampas y peldaños marmóreos, que conduce a una puerta que se abre al abismo. Desde arriba se columbra una vista maravillosa, un panorama verdaderamente mágico: la Catedral, enfilando al corazón del cielo su flecha enorme, San Juan de los Reyes, el Artificio de Juanelo, el Puente de Alcántara, el Castillo de San Cervantes... Todo envuelto en una admirable puesta de sol, en la que el cielo pasa del rojo vivo al naranja, después al limón pálido, para acabar en un extrañío azul, color de turquesa verdosa, que se funde con los tintes lilas de la noche.

La Catedral. Sólidos contrafuertes, ángulos netos y francos, espesa coraza de piedra labrada, campanario de robusto aspecto; revestida toda la magnífica construcción de un tono rojizo, como de pan quemado. Pero el interior, en cambio, se halla esculpido cual una gruta de estalactitas. La impresión que se experimenta dentro es de las más vivas y grandiosas: Naves altísimas, columnas que creyéranse torres, vitrales donde la esmeralda, el zafiro y el rubí fulgen. El retablo mayor vale él solo por una iglesia; y, allí, hornacinas, estatuas, follajes, arabescos, suben hasta la bóveda, entre los matices leonados y calientes del dorado antiguo. El coro es lo más puro, perfecto y mejor dibujado del Renacimiento. La capilla de la Virgen se halla enteramente cuajada de pórfidos y jaspes, con veteado amarillo y violeta, de una riqueza que supera los esplendores de «Las mil y una noches». En la sacristía, hormiguea por el techo un mundo de ángeles y de alegorías, en las actitudes más originales. Dentro de ésta, custodiase un tesoro: es decir, capas de brocado, encajes maravillosos, urnas de plata, cruces de diamantes, bordados pen-

dones... Y también el guardarropa de la Santa Virgen, torrente de pedrería.

San Juan de los Reyes. Una colección de estatuas de reyes en nobles actitudes caballerescas, decora su exterior. Multitud de cadenas suspendidas de argollas, tapizan los muros de arriba abajo; ello da a la iglesia un falso aire de prisión, bastante extraño y desagradable. El claustro, abandonado, es de admirable elegancia; columnas esbeltas sostienen, sobre sus floridos capiteles, arcadas ornadas de nervaduras y encajes, de una extrema delicadeza. En el interior del convento, el refectorio posee una espantosa pintura colocada sobre la puerta: representa un cadáver en descomposición, con todos los horribles detalles en que tanto se complacen los pinceles españoles.

Próxima, la célebre mezquita sinagoga. Después de atravesar un patio de inculta vegetación, con una higuera de un verde intenso y brillante en el centro, ¡qué sorpresa! Estamos en pleno Oriente: delicadas columnas con capiteles abiertos como turbantes, arcos turcos, versículos del Corán, techo raso en compartimentos de madera de cedro, óculos abiertos en lo alto... Nada falta. ¡Y ello para ser utilizado como taller y habitación de un carpintero!

Pero Toledo agota: este pavimento de punta de diamante, suscita gana de echarse al suelo y andar un poco sobre las manos, como los clowns, para reposar los pies doloridos. No importa. Sigamos.

Hospital del Cardenal. Edificio de proporciones amplias, severas. Hay que atravesar el patio, de columnas y arcos, para examinar la tumba, ejecutada en alabastro por ese prodigioso Berruguete. Jamás mascarilla de un muerto ha sido tan siniestramente fiel. Niños en actitudes desoladas, sostienen el plinto y el blasón del Cardenal; el barro más ligero y más fácil, no tiene tanta libertad ni blandura como esto. ¡No está esculpido este sepulcro, se diría más bien amasado!

Hay también en la iglesia dos cuadros de Domenico Theotocópuli, llamado el Greco, pintor extravagante y raro que apenas es conocido fuera de España. La ardiente tonalidad del colorido de «La sagrada familia», la vivacidad de las telas, ese bello reflejo de ámbar amarillo, contribuye a tomarlo por un verdadero Ticiano. El otro cuadro, el «Bautismo de Cristo», tiene abusos de blanco y negro, contrastes violentos, tintes singulares, pero en todo ello reina una energía depravada y una pujanza enfermiza, que traicionan al gran pintor y al loco de genio.

Las murallas de Toledo son de un extraordinario efecto pintoresco. Las construcciones casan felizmente con las asperezas del terreno y es difícil decir dónde termina la roca y comienzan los muros.

Y qué noble figura hace Toledo en el horizonte, asentada sobre un trono de rocas, con cinturón de torres y diadema de iglesias. Qué perfil más firme y más severo, de un color tan rico y conservando tan fielmente la fisonomía de la Edad Media. ¡Silueta de admirable perspectiva!

(1) Théophile Gautier: «Voyage en Espagne». — Nouvelle édition revue et corrigée. — Paris. Bibliothèque-Charpentier. — Eugène Fasquelle, éditeur. 11, rue de Grenelle. — 1929.

AGUAFUERTE COSTERO

LA RULA

Era como una loba vieja, astuta y nervuda, rodeada de las cuatro crías que la quedaron del difunto José.

La Rula (La tórtola). ¿Por qué la llamarían Rula, si todas las mujeres la temían y era como una loba vieja que a nadie gustaba topar?

Y no era vieja esa mujer; tenía mucha fuerza en los ojos y hablaba muy pocas palabras.

A Pedro el de Carballo le despachó con una sola, cuando vino a decirla que aún estaba muy guapa.

A Linón el del río, ni siquiera le habló; se le quedó mirando, mirando con esos ojos que tenía, y le obligó a largarse sin que pudiera decirla lo que Linón la quería decir.

Pobre Linón el bueno; aún desde Buenos Aires ha dicho la hermana del difunto José que pregunta por ella.

Yo he visto a la Rula con su azadón gastado escarbande en los guijos, rodeada de sus cuatro pequeños, como cuatro lobatos, sacando también las almejas que había de buscar la motora de Santa Eugenia.

Era como una loba vieja, astuta y nervuda.

Y, sin embargo, me era simpática.

Aquellas palabras del viejo párroco, a pesar del tiempo transcurrido, no se me han olvidado aún. Nos cruzó esa mujer llevando en su cabeza un formidable haz de tojos pinchudos. Buenas tardes, nos dijo, y siguió; entonces aquel viejecito, comprensivo y bueno, exclamó suavemente mientras sus ojos se perdían en el mar: Es como los caobos que crecían junto aquella misión; buena madera tiene y es ruda su corteza.

Después le vi levantar la cabeza suavemente y quedarse mirando un buen rato, sin decir palabra, unas nubes sin forma ni figura, que a mí pudieran llamarme la atención.

Prosiguió, por fin, y con una sonrisa leve y cariñosa, me contó: «Había una vez un indio.....»

La Rula era como una loba vieja, rodeada de las cuatro crías que la quedaron del difunto José.

Aún recuerdo la última vez que la ví en aquella noche junto al camino que domina el mar. Me llamó la atención un bulto negro en el crucero que había junto al castaño, y me paré a mirarle.

Era ella, la Rula, con la frente alta y húmeda por la suave llovizna que caía.

Sólo la oí unas palabras, apagadas como la lluvia que cae sobre el musgo: «Mar amargo..... esta noche hace años que se ahogó mi José..... miña naiciña do Ceo (mi madre-cita del Cielo)..... y que no se me ahoguen de grandes».

Yo apagué mis pisadas lo que pude y la dejé rezando. Estaba como abstraída.

Miña naiciña do Ceo...

¿Por qué la llamarían Rula?

Cuando antes de entrar en mi casa pasé por el malecón que a los pocos días dejaría de ver, miré a la mar en calma y sentí en mi cerebro como una voz apagada, igual que la lluvia que cae sobre el musgo.

JESÚS PEÑALVER

TOLEDO

A D. Fernando Allué y Morer, como prueba de sincera amistad.

*¡Ciudad Imperial! Perla en Castilla,
que por el ledo Tajo está bañada
y de brisa constante acariciada...
Sobre las aguas, como espejo, brilla.*

*Ilustre arquitectura. Maravilla
por el tropel del mundo visitada.
De artistas, la ventura enamorada,
le alzan eterna en lienzo y en cuartilla.*

*Por eso no hay país, aunque lejano,
que ignore la suprema majestad
que atesora el joyero toledano.*

*¡Y de sus piedras la lejana edad
rezuma, en el sonoro castellano,
un idioma de luz y de verdad!*

LEOCADIO BLANCO

Huerta (Toledo), 1949.

DOS SONETOS

De Lupercio Leonardo de Argensola (1559-1613)

Quien dar más vueltas viere a tu rosario
que en la noria a la sarta de arcaduces,
que más bebe de Tajo; y con más cruces
adornada tu casa que un calvario.

Dirá que desde luego un santuario
te preparen con lámparas y luces,
que entre ellas y entre huevos de avestruces
tus reliquias aguarde un relicario.

Esto dirálo el sol mas no la luna
testigo de las obras, oh devota,
con que a Lidia conservas el devoto.

¿Pues qué dirá? Que no hay justicia alguna
si no puebla tus tocas la picota.
¡Y yo seré con ella de este voto!

De Bartolomé Leonardo de Argensola (1562-1631)

Tajo, productor del gran tesoro
(si a la fama creemos), cuya arena
de zafiros y perlas está llena,
tus aguas néctar, tus arenas oro.

Tú, pues, acrecentado con mi lloro
serás testigo de mi amada pena;
como sujeto a lo que amor ordena,
buscando vida a quien me mata, adoro.

Cuando mi pastorcilla en tu ribera
busca las conchas que creciendo arrojas
y con su blanco pie tu orilla toca,

el bien que gozas, agua lisonjera,
(que al fin lo has de besar pues que lo mojas)
lo usurpas al oficio de mi boca.

El día 9 de Febrero, el Teatro de Cámara estrenó «Cuando llegue la noche...» de J. Calvo Sotelo. En el próximo número traeremos a nuestras columnas información de los recientes éxitos de este cuadro dramático toledano. Hoy sólo dejaremos sentada esta afirmación: Si es cierto que hay una nueva generación de artistas en Toledo, Dorita Manso está a la cabeza.

INSTANTES

MIENTRAS EL MUNDO MARCHA

La puerta giratoria —«tío-vivo» del hall— despide hacia la calle a una graciosa figura femenina, mientras a tí te deja —quieras o no— dentro del vestíbulo. Y te quedas indeciso. Es la misma sensación de ausencia que sentiste cuando, en una estación férrea, el tren se llevaba un rostro de mujer que te había impresionado vivamente, nada más entrevisto, al cruzar... ¡La atracción de dos desconocidas a las que jamás volverás a ver y que afectan tu sensibilidad dolorosamente!

COSTUMBRE

(A mi stylo, rota).

**El golpe fué seco.
Tus puntos quedaron en forma de alas.
¿Te marchaste al Cielo?
Porque tú, pluma mía, tenías alma.**

**Me dejaste sin grito,
sin voz, sin pensamiento,
atónito un momento,
vacío...**

**Cuando otra pluma haya,
¿qué tiempo tardará en ser yo, yo mismo,
mis ideas, mi habla?...**

APUNTE

**Toda tu vulgar figura
quedó así transfigurada:
tú, por tu extrañeza,
yo, por mi mirada...**

MARÍA

**Un nombre en la inmensidad,
un nombre llenando el mundo...
¡y era un nombre en el profundo
sueño de mi intimidad!**

¿POR QUÉ?...

**Todo se pliega en la vida.
Paso atrás, paso adelante...
¡Hasta los rectos espíritus
se abaten!**

TIMIDEZ

**Deseaba, amor,
tibieza en mis palabras
—frías, claras—,
palabras en flor, amor...
No era ocasión...
¡Y me quedé sin habla!**

DICCIONARIO

Despistado.—Quien no sigue a los demás, quien anda fuera de la pista, al margen de la carretera, por los barbechos, entre los olivos... Es aquí más claro el azul del cielo, la atmósfera más limpia, el aire más perfumado... ¡Pero qué trabajoso el andar!

ALEJANDRO LUIS.

INQUIETUD

Cuando corría el mundo buscando la Verdad, madre, amé a muchas mujeres: amé a mujeres de ojos claros como el agua de los ríos de montaña; amé a aquéllas de ojos pardos, indefnibles, como sus almas mismas; amé a las otras de ojos negros y profundos como abismos, ardientes como huries del Profeta.

Y cuando las dejaba, madre, decían que era inconstante. Pero tú que me entiendes, sé que no lo crees porque comprendes que buscaba a la Mujer.

Cuando pisaba los caminos polvorientos al golpe acompañado de mi cayado, peregrino en pos de la Razón, madre, amé a muchas mujeres: mujeres dulces de cabellos rubios como las hijas de un escalda, como la misma Elsa de Lohengrin; mujeres de cabellos castaños, vulgares y anodinas, que no tenían criterio, como la esposa de Hachib el tendero del Zoco que vende baratijas; y mujeres vehementes, de pelo de azabache y trágico sentido de la vida, como zíngaras nómadas o bailarinas de la Vandalucía.

Y cuando las dejaba, madre, decían que no tenía corazón.

Pero tú que me entiendes, sé que no lo crees porque comprendes que buscaba a la Mujer.

Cuando surqué los mares anhelando encontrar la Belleza, madre, amé a muchas mujeres: mujeres suaves de tersa y blanca piel como la nieve de nuestros Montes Sagrados; mujeres firmes con el busto levemente tostado por el sol, como las hijas del país de la Hespérides; mujeres sensuales, incentivas, ardientes, de moreno color, como aquella odalisca que danzara en el mercado —¿recuerdas?— y se quitó la vida cuando Kunah, el bello pescador, se casó con mi prima, la de la voz de plata.

Y cuando las dejaba, madre, decían que mi alma estaba muerta.

Pero tú que me entiendes, sé que no lo crees porque comprendes que buscaba a la Mujer.

En mi tránsito cansado por los montes y valles de las lejanas tierras intentando conseguir el Bien, la Alegría y la Dicha, madre, amé a muchas mujeres: mujeres de talles esbeltos como juncos mecidos por la brisa sutil de la mañana; mujeres de un andar inseguro, sin gracia, como el cabeceo de una barca amarrada en el puerto; mujeres, en fin, cuyas maneras azotan nuestra alma con el torpe huracán de los deseos.

Y cuando las dejaba, madre, decían que no tenía sentimiento.

Pero tú que me entiendes, sé que no lo crees porque comprendes que buscaba a la Mujer.

Y ahora, madre, que mi alma se ha cansado de luchar; cuando ya nada ansío y a mi curiosidad le bastan los recuerdos; cuando no espero nada de la vida; cuando intuyo el secreto de las cosas y veo los ocultos designios de los hombres; cuando he aprendido a encontrar el placer en lo sencillo —una barca en el río, un pájaro en el aire, una estrella en el cielo, la risa de un pequeño, una puesta de sol—, ahora, madre, porque tú comprendiste mi inquietud, yo te confío mi secreto: Buscaba a la Mujer, y Ella no existía sino en mi mente y en mi corazón...

JOSÉ SÁNCHEZ

EL ARBOL COMO ELEMENTO ARTÍSTICO

Por EMILIANO CASTAÑOS

No vamos a descubrir el Mediterráneo cantando las excelencias de este verdadero monumento de la naturaleza, en el que ya Dios, en el Paraíso, fijó especialmente su atención, como se ve en el relato bíblico de todos conocido. Dejamos a un lado la importancia del árbol para la salud pública, así como la influencia que tiene en la Historia, en la industria, en el régimen de las aguas, etc., etc.

Y, no obstante, todos lo saben, pero todos atentan contra el árbol, y la despoblación de nuestros montes y ciudades se va llevando a cabo de una manera sistemática e inconsciente de los perjuicios que acarrea a generaciones venideras (sequías, inundaciones, etc.).

Parece como si se apoderara la codicia de entidades oficiales y particulares, haciendo talar árboles hermosísimos que son el ornato de nuestros paseos, de nuestros gratos recuerdos de la infancia. Parece, digo, que están deseando talar un robusto plátano de sombra o un olmo gigantesco para convertirlo en leña, borrando, como por encanto, todo el interés de un paisaje. A lo más, el sitio que deja uno de esos bellos ejemplares del mundo vegetal es sustituido por unas estaquitas, que no surtirán de sombra y de ornato hasta transcurrida una centuria. Así se van formando numerosas calvas en el paisaje ensoñador de nuestra Vega Baja. Desapareció, por falta de precaución, el agradable bosque de álamos blancos que bordeaban el Tajó por la parte de Safont, inmortalizado con los pinceles de artistas toledanos; desaparecieron, en Morterón, una porción de árboles milenarios que recordamos con añoranza de días felices transcurridos a su sombra, y tantos y tantos que sería prolijo enumerar. ¡Qué penal!

Pero es que la parte afectiva de nuestros recuerdos, va unida al sentimiento estético. Elegimos aquellos paseos porque eran bellos. La llanura ondulada de Castilla, no cabe duda que también encierra su belleza. Podemos reconocer la grandeza de esas parameras castellanas y elevar el espíritu a través de esas dilatadas soledades; pero faltando el árbol, lo emotivo se atenúa. El árbol da vida al paisaje de un modo general. Es la nota dominante en la sinfonía de la naturaleza. Tal vez por eso es bella la monotonía de la llanura, interrumpida por arbolillos solitarios, o en grupos, o en los primeros términos.

El paisaje con árboles se defiende sólo, y el árbol, aun estando seco, siempre es hermoso. Recordad el árbol de la Noche Triste, los olivos milenarios del Huerto de Gethsemaní, los de Mallorca, gigantesco, de copa plateada y con retorcimientos dantescos, que fueron inspiración del gran artista Gustavo Doré; el ciprés del Monasterio de Silos; el árbol de Guernica; los grandes eucaliptos de Australia; los árboles del mamut (Sequoias), de California, de tronco tan ancho, que los perforan para que puedan pasar por ellos los carruajes (todo antes que talarlos); las criptomeras del Japón; los cedros del Líbano; el baobab de Africa,

los pinos, abetos, cedros, encinas, que forman agrupaciones con sus características originales.

Más que las flores, ha inspirado el árbol a poetas, músicos y pintores. Recordamos el poema de Antonio Machado: «A un olmo seco», y el de Miguel Costa y Llovera «al Pino de Formentor», como el de Marquina «al Ciprés». Recordamos también los chopos de Aurelio de Beruete; los hayedos de Joaquín Vaireda; los pinos de Rusiñol, con los últimos impactos de luz en la hora dorada; los olivos de Anglada Camarasa...

Cantan el árbol los grandes compositores: Wagner, en los murmullos de la selva (la canción del pajarito, de Sigfrido); Beethoven, *el que dió a los hombres el supremo frenesí del espíritu* en su sonata y sinfonía pastoral, buscando ambos las notas del ruiseñor. Entre los árboles, en la soledad de los bosques, es cuando tiene mayor majestad la voz de la naturaleza. ¡Qué delicia, qué goce espiritual, como si fuera una oración, la de esos crepúsculos primaverales, bajo las sombras misteriosas del arbolado y las notas melodiosas del ruiseñor!

Pido respeto y piedad para nuestros árboles urbanos, que no se les arranque, que se moderen esas podas, que convierten al árbol en un triste mutilado, con unos muñones que eran antes robustos brazos, implorando al cielo en pintoresca armonía, con el caserío circundante.

Se perdió, para el artista, el paisaje tantas veces acariciado, cuando se encuentra sorprendido por tan desagradable espectáculo. Cuando vemos con qué cariño se trata el arbolado en ciudades europeas, como se interesaron todos los hombres de ciencia de París, por ejemplo, al declararse una enfermedad criptogámica en los árboles de los bulevares; el interés y el afecto que sentían todos los alemanes por el *Unter den Linden*, y vemos el contraste en nuestra nación, no podemos menos de sentir hondo pesar.

El hermoso Campo Escolar que hoy disfrutan los toledanos, nació en una Fiesta del Arbol. Seguramente, uno de esos corpulentos pinos, fué plantado por el que estas líneas escribe. Este solo hecho es demostrativo de lo bien que se da el pino en estos campos toledanos ¿Por qué con las facilidades que da el Vivero Forestal no se plantan pinos por todas partes, tratándose de árbol tan saludable? La acacia, de crecimiento rápido y resistente a las variaciones climatológicas, debería dar sombra en todas nuestras carreteras.

Como tributo a la Patria ¡deja por lo menos un árbol plantado por tu mano! Así se leía en muchos bosques y paseos de Europa. En España lo vamos haciendo al revés, y, como con gracejo, dice un buen amigo mío: la *Fiesta del Arbol* se ha convertido en la *Fiesta de la leña*. Es decir, todo para el estómago y nada para el espíritu, sin recordar que *no sólo de pan vive el hombre*. Para ser justos, hay que agradecer la gran cantidad de árboles plantados en estos últimos años en Toledo y alrededores, si es que no se ve en ellos unas cuantas cargas de leña futura.

Quiero llevar a vuestro ánimo la Verdad del Arte Nuevo

Por P. QUINTANILLA OTERO

A don Eduardo Lagarde, maestro de artistas y adalid de una escuela moderna toledana.

El arte nuevo refleja ese estado de alma que no se puede definir con palabras corrientes y necesita una nueva terminología, como ha sido necesario crear nuevas palabras para la técnica atómica.

Por eso es difícil explicar lo que aún no tiene su idioma, y todo lo que se diga sobre ello será vulgar y no llegará nunca a expresar su grandeza.

Así se explica que el surrealismo llevase el escándalo con su nacimiento, el escándalo organizado por sus creadores, más partidarios de la acción que de la palabra, porque resultaba imposible vencer con las frases corrientes y gastadas de la verdad que alumbraba el arte nuevo.

En lugar de realizar como el impresionismo una retirada organizada al campo «en busca de la naturaleza», el surrealismo levantó sus barricadas en plena ciudad, atacando en línea recta al corazón.

Sin embargo, apreciamos en el impresionismo el valor del primer movimiento contra el arte aprendido. El concepto de arte sentido triunfó sobre el de arte aprendido. Cézanne, Van Gogh y Gauguin estuvieron a un paso del esplendor surrealista. Porque fueron sinceros. Y porque en sus obras el color complementa al dibujo y muchas veces el desdibujo al color para conseguir emoción.

Por espíritu de libertad, el surrealismo jamás concurre a exposiciones o certámenes colectivos. Sería peligroso colgar la vulgaridad bien dibujada y bien sobada con el espíritu de la obra nueva. El nuevo arte esquemático y elegante con la bazofia realista.

Deberían prohibir los desnudos académicos, porque quitan encanto y misterio a lo que debe ser únicamente íntimo. Por eso, siempre que miramos un desnudo realista, no nos imaginamos a aquella mujer como las demás, y la vemos prostituida por todos los que acuden a mirarla.

Lo mejor sería pintar desnudos sin desnudo.

Los bodegones nos causan repulsa, y nos parece que deberían intervenir los cuadros donde se amontonan las materias estomacales. A nosotros nos inquietaría poseer un bodegón realista y acabaríamos colocándolo en la cámara frigorífica, porque nos parece que a los tres días esa perdiz «que se sale del cuadro» llegaría a emitir el tufo de su descomposición.

Las obras del arte nuevo no aspiran a conmover nuestros jugos gástricos; quieren llegar a algo más impalpable.

Tampoco aspiran a hacer juego con los muebles; por eso un comedor con un cuadro surrealista será el menos comedor del mundo, porque todo se verá desde un ángulo

nuevo, mejor, y el cuchillo será el bisturí que amputa los muslillos del pollo anestesiado a la parrilla. Ingerir una naranja, puesta de sol. Beber vino, beber sangre vegetal. Helado, agua coagulada, frío en conserva.

Nos parece magnífica la idea de la Princesa Isabel al colocar un cuadro surrealista en el *hall* de su mansión, porque será el guardián, como un nuevo perro del subconsciente, y desde su sitio irradiará ese fluido que cohibe a las visitas.

Mientras los académicos pintan una mula, nosotros pintamos el avión supersónico en pleno vuelo, ese vuelo que se adentra en el terreno de lo inmaterial porque es más rápido que el sonido.

A pesar de todo, no queremos que desaparezca la pintura académica. Faltaría material de comparación, aunque en la posteridad sucederá esto porque la pintura realista actual no sobrevivirá y el único documento de referencia del arte de nuestros días será el arte nuevo.

Este dibujo mío nace de un deseo de unir lo más nuevo a lo más viejo. Los rascacielos no deben causarnos repulsión, y por ello no mengua el amor que sentimos por nuestros escombros cargados de gloria. Sería asombroso trasladar el latido tremendo de

la industria a las calles silenciosas y muertas. El tiempo se mordería la cola y establecería un circuito donde el más rápido llegaría a cogerse él mismo por detrás.

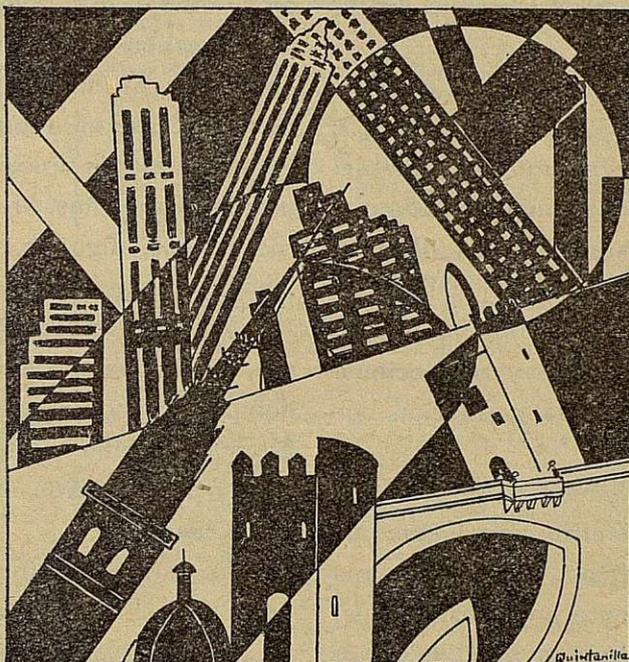
Los que hoy se asustan del arte nuevo y lo llaman cosa de locos, son los mismos que se asustaron con el primer ferrocarril y el primer automóvil y lo llamaron cosa de locos.

Aún no sabemos si la locura es un estado especial de gracia y los paranoicos son los que más cerca están de Dios. Algo nos hace sospechar el que sean los menos, y es sabido que lo selecto o exquisito no abunda y lo vulgar o amorfo lo disfruta la masa de los más.

Quizá los locos son los que han sobrepasado la capa atmosférica del pensamiento mecánico, y faltos de lastre, se encuentran en la estratosfera del juicio, que es lo más elevado del pensamiento.

El arte nuevo no necesita estudios espaciosos ni modelos vestidas con trajes de máscara; como el espíritu, no ocupa espacio y los modelos surgen en esos momentos en que la vista está fija y sin embargo nada ve, o algo choca e impresiona nuestra sensibilidad, haciendo brotar la chispa de imágenes enteramente nuestras y que nadie ha visto hasta el momento de darlas forma nosotros.

Por eso el arte nuevo siempre será nuevo.



Breve reseña histórica sobre el Damasquinado

Por JOSÉ RELANZÓN

Siendo los objetos damasquinados (mal llamados «damasquinos») uno de los exponentes artísticos más típicamente toledanos, parece oportuno publicar esta breve reseña de su remoto origen, que quizás muchos ignoren, y que puede ser interesante para aquéllos que hoy lo cultivan

Poca ha sido la documentación que he podido reunir sobre la «caelatura» (palabra a todas luces, latina) o damasquinado (derivada de Damasco) y que ambas se aplican a «toda clase de objetos artísticos que se decoran incrustando el oro y la plata en otro metal de más bajo precio, tal como el hierro, el acero, el bronce, el cobre, etc.».

Esta modalidad del Arte Decorativo, ya la empleaban los chinos y los egipcios (1.500 años a. de J. C.); se conservan en distintos museos del mundo, ejemplares notables, entre ellos, un puñal damasquinado que se encontró en la tumba del faraón Kamés (1.700 años a. de J. C.). Ni que decir tiene, que aquel damasquinado, no es el que hoy conocemos; como todo arte, ha sufrido una serie de alteraciones y perfeccionamientos, hasta llegar a la depurada perfección con que hoy le conocemos.

La invención (si así puede llamarse) de este tipo de incrustación decorativa, se le atribuye a Gláuco de Chíos, artista griego; y tanto éstos, como los romanos, lo empleaban principalmente en la ornamentación de muebles suntuosos, como lo prueban varios ejemplares encontrados en Pompeya. Este tipo de damasquinado se hacía, exclusivamente, grabando, bien a buril, o bien al ácido, el objeto que se había de damasquinar, procediendo, después, al incruste del metal, en trozos, a golpe de botador; el rayado actual, típico de Toledo, es muy posterior, y sin duda, de origen árabe. La complicación de los dibujos netamente islámicos creó la necesidad del rayado y el hilo.

Durante la Edad Media, decayó notablemente el damasquinado, por la aparición de los esmaltes, volviendo a reaparecer con los arneses y armaduras, así como con las armas blancas, tan ricamente ornamentadas, de las que hoy podemos admirar innúmeros ejemplares en la Armería Real, Museo del Ejército y colecciones particulares. Pero el damasquinado del que sin duda es el toledano hijo legítimo, fué el procedente de Damasco; éste hizo su aparición en la vieja Bizancio, muy influida por aquel entonces por la civilización oriental. Allí llegó a alcanzar mayor

auge que en parte alguna, llegándose a ejecutar las piezas mayores que se han conocido en este tipo de decoración. Una de las obras más notables, fueron las grandes puertas de bronce, damasquinadas en plata, que se hicieron, por encargo de Alejandro II, para la basílica de San Pablo, en Roma, y que hoy, desgraciadamente, no existen.

Más tarde, pasó este arte a Lyon, París, Milán, Nuremberg, Venecia, Toledo, Granada, etc. La aparición en Eibar y Plasencia es, sin duda, posterior, y seguramente de origen francés, cosa que se aprecia en su dibujo, más galo, que árabe. Este legado artístico que nos dejaron los moriscos, como ya hemos apuntado, ha sufrido muchas variaciones, tanto en técnica, como en depuración artística, y hoy culmina en esa artesanía típicamente toledana, admiración de propios y extraños, en la que contamos con verdaderos artistas, algunos cuyos nombres han atravesado las fronteras patrias.

Quedamos pues, querido lector, que la «caelatura», «ataugía» o «damasquinado», es casi tan viejo como el mundo, pero hoy, ya relegado únicamente al ornato de objetos de adorno y joyas, puede decirse que sólo lo cultivan algunos artífices árabes, toledanos e ibarreses.

No quiero terminar esta pequeña disertación, sin decir algo de la vieja polémica Toledo Eibar; aunque no soy autoridad en la materia, ni mucho menos, mi opinión es que son dos cosas totalmente diferentes y con influencias completamente distintas. ¿Cuál es mejor? No lo sé. ¿Es copia uno de otro? Yo creo que no. Es como si dijéramos que la cerámica de Talavera es copia de la de Manises, o viceversa. ¿Cuál de ellas es mejor? La respuesta no es fácil.

Ahora bien; cuando el Arte deja de serlo (como el caso que nos ocupa) y entra en la órbita del Comercio, nace la «fabricación en serie» que no respeta estilos, firmas ni fronteras, y de ahí es fácil que proceda el confusiónismo. Es muy posible que algún desaprensivo artífice, de allí o de aquí, haya copiado al de la ciudad competidora, y este sea el motivo de la vieja polémica; pero dejemos sentado, para tranquilidad de todos, que en damasquinado, Toledo es Toledo, y Eibar es Eibar.

El día 27 de Febrero, a las diez y media de la mañana, se reunirá, en el Salón de Mesa, la Junta General Ordinaria de nuestra Asociación de Artistas Toledanos «Estilo».

MÚSICA

Quizá usted no sepa que...

La primera ópera de Wagner fué «Las Hadas», que nunca se representó. La segunda «Novicia de Palermo» (1836), obtuvo mejor suerte, pues consiguió una representación en Magdeburgo. La tercera «Rienzi», aún no se ha dejado de representar.

Cuando llevaba sus obras de Riga a Francia, naufragó el barco en que viajaba y esta catástrofe inspiró a Wagner el «Navío fantasma». Su cuarta ópera.

Un día Paganini debía dar un concierto en Liorna y había vendido su violín. Mr. Livron le prestó un auténtico Guarnerius para salir del trance. Al acabar el concierto, el generoso negociante dijo a Nicolás: «Me guardaré muy bien de profanar estas cuerdas después de haber tocado vos; desde ahora, mi violín es vuestro».

Paganini conservó y utilizó este violín, hasta que en Parma ganó una apuesta a Passini, repentizando un concierto manuscrito de difícilísima ejecución. El precio de la apuesta fué un soberbio «Stradivarius».

La última obra religiosa de Verdi fué el «Requiem», a la memoria de Alejandro Manzoni y se estrenó en el aniversario de la muerte del genial autor de «Los Novios».

MANUEL ESTEBAN INFANTES

Continuamos en este número la publicación de nuestro Reglamento.

LOS CANDILES

Crónica segunda



LÚGALE al Cielo que todos los meses, y aún los años y los siglos que por venir están, sean tan ajetreados y trabajosos si que también frutíferos como aqueste que agora fina!

Comenzóse la jornada con una acalorada plática donde todos a una fablaban, voceaban y la palabra pidian sin que naide ni el mesmo demonio fuera menester a entendellos, tal era la cantidad de las ideas que por salir punaban de todas las bocas y gargantas. ¡Voto a tal!, señores míos un poco de sosiego en las mentes y más comedimiento en las palabras; cuando uno fable cállense todos y todos esuchen a una, pues si no aquéllos que más voceen habrán de verse con el filo de la mi invencible espada. Y no digo más.

Magüer la discusión embarullada fué, no lo fué sin fruto, pues acordóse que trece y ni uno más fueran los que el Candil compongan, ya que este número temeroso perseguido nos ha, y trece a la primera eita acudimos, y trece a la segunda y tercera y aún a la cuarta fuimos. Destos acuerdos formáronse una lista o pramática de trece preceitos, los cuales preceitos guía serán, norma y códice al que se cogerán los Candiles sin que nenguno sea menester a variallo.

Puesto que fasta agora nada se fabia fecho para limpiar las cuevas de las inúmeras tinajas que nuestras mortales inimigas son, pues que todo lo estorban y entorpecen, acordóse probar a meneallas, y ansi grité: ¡Quitense todos, todos se aparten y déjenme a solas con ellas que una a una yo mesmo las iré quitando, que donde mi pie se asienta, pesi a tal, que no son menester a meneallo todas las tinajas del mundo! Y ansi a solas me dejaron, mas al Caballero Candil Ruiz de los Paños, picóle la curiosidad de saber si mi pie tan a fijo pisaba, y puso uno suyo debajo del mio en el mesmo instante que una tinaja como un castillo encima se me venia, y tan grande era, que si Don Quijote la viere por gigante la tomara. Pisé fuerte, y fué tal grito que oyóse que parecióme que las cuevas encima se me venian, cuando la vista volví y vide al mentado caballero clavado en el mesmo lugar donde lo pisara y lanzando lastimeros ayes, fasta que los demás caballeros a acorrerle presto acudieron. Ansi es la fuerza de mi pie, y agora el que quiera medir la deste brazo, desenvaine y digame lugar y ora, que presto acudiré a convencello.

A la segunda plática, más sosegada que la dicha primera, percatámonos que toda unión de una o más personas sin un Capitán que al ojeo las guie, siempre andarán a las vueltas y nada de provecho sacarán, magüer las intinciones de cada uno en altos lugares puestas estuvieren. Desta guisa acordóse aunar los esfuerzos de los trece en una disciplina, y que el tal Capitán nuestro fuere el grande home que a la fuerza de su brazo uniere la de su alto espíritu y grandeza de miras, que aunque los tales méritos difícil es que en una sola persona concurren, menester era que así fuese en aqueste caso, pues que todo empeño difícil, más loable, norte será de las miras candileras.

Ansi, pues, fué nombrado Capitán de los trece Caballeros Candiles, magüer éste poco grado sea para el que de Coronel tiene, digo que fué nombrado Capitán don Eduardo de Lagarde, pues que en el mesmo se juntan las profesiones de las Armas, las Artes y la Arquitectura, y que lo mesmo acá manda un Rigimiento, que allá proyeta y levanta un Palacio, que acullá pinta y dibuja lo que delante de las mentes se le pusiere, en un santiamén, y de tal forma que no hay más que ver.

Nombrado Capitán y en grande armonía y contentamiento de los trece, expusieron los proyectos del mesmo los cuales fueron acogidos con grande júbilo, y propósito de ir allí donde él nos lleve y dejar aqueste pabellón toledano en tan alto lugar como ha menester.

Y ansi finó aqueste mes pródigo en palabras, si que también en fechos y esperanzas que la luz verán en los venideros, si a Dios le es dado seguir lluminando nuestras mentes. Y aquí mesmo fino.—DON PERO.



votos particulares siempre que sean por escrito, los cuales se harán constar en acta.

Art. 24. La Junta Directiva, se renovará parcialmente, cada dos años, en Junta General Ordinaria. La primera renovación la efectuarán el Presidente, el Secretario Segundo, el Tesorero y dos Vocales; y la segunda, el Vice-Presidente, el Secretario Primero y tres vocales, lo que supone en ambos casos, la mitad más uno de la Junta.

Art. 25. La Junta Directiva puede dimitir en conjunto ante la Junta General, que procederá en el acto a nueva elección.

Art. 26. La no asistencia de un miembro de la Directiva a Junta durante tres meses consecutivos, supone su dimisión.

Art. 27. Todos los cargos son reelegibles,

esté a su custodia, salvo en caso de robo o incendio, que deberá justificar, avisando lo antes posible.

b) Presentar, al verificarse Junta General Ordinaria o Extraordinaria, que se celebre para tratar de este asunto, los valores en metálico o en papel que obren en su poder.

c) Llevará un libro, donde anotará el cargo y la data de la Asociación, que confrontará con el de Caja.

d) Pagar los libramientos que estén autorizados con las firmas del Presidente y Secretario Primero, y tengan el recibí del interesado o persona que le represente, sin lo cual, no le será de abono en sus cuentas.

e) Presentará a las Juntas Generales Ordinarias, el libro de cargo y data con sus justifican-

INCONGRUENCIAS

Aventuras y peripecias de un gran ladrón pequeño de estatura

Silencio en la noche. Ya todo está en calma (tango).

Lejos, muy lejos, un gato griposo deja oír un lastimero maullido.

Nuestro gran, pero pequeño ladrón se sobresalta. Es hacia el año 1950. Se dirige nuestro gran, pero pequeño amigo, hacia una sombra que acaba de ver en el ángulo de una casa.

—¡Oiga! ¿Sabe usted dónde vive don Tadeo Esquina?

Después de soltar un grosero estornudo, nuestra sombra responde con voz bronca y suave a la vez:

—¿Don Tadeo? No sé... Pero si echa usted la cabeza un poco hacia atrás, sabrá dónde está la esquina.

Nuestro gran, pero pequeño ladrón, obedece dócilmente y...

¡¡¡NAAAAANNNGGG!!!

Aparece en su cabeza un hermoso chichón adornado con margaritas y lirios azules.

Al cabo de media hora de ir «navegando» de un lado a otro de la calle, se repone.

Por fin, encontró una ventana a su medida; se la colocó, y pensó: «¡Cómo voy a presumir delante de mis amigos con esta ventana!» Pero de pronto el pobre se dió cuenta de que aquéllo no era ni un abrigo ni una chaqueta..., sino una... ¡ventana!

Se echó a llorar desesperado. Volvió a la casa y dejó la ventana en su lugar. Pero... ¡Caramba! Acababa de vislumbrar un «Poli».

Aterrado, echó a correr.

Ssssssss... ¡¡¡CRRRAAACCC!!!

«Pared», dijo señalándola.

Se levantó de nuevo y...

Svvviiitttsssss... ¡¡¡PPPAANNNGGG!!!

«Farol», volvió a decir.

A todo esto, el policía cada vez más cerca.

Salió corriendo otra vez y desapareció de la vista del «Poli».

Pero al cabo de un rato volvió sobre sus pasos, y encarándose con el agente, mientras se tronchaba de risa, le dijo:

—Ja, ja, ja, ja. Me he escapado. Me he escapado... Ji, ji, ji.

El pobre nunca llegó a saber por qué estaba en la cárcel después de haber logrado escapar.

¡¡Qué desgraciado era nuestro gran pequeño ladronzuelo!!

PEDRO M. P. DE AYALA Y L. DE AYALA

YO HE FUMADO EN CACHIMBA

No soy un hombre débil. Tengo el vicio de fumar bastante arraigado, y una vez, por Nochebuena, me fumé tres cigarros de Ideales y no tuve necesidad de acudir a la penicilina. Con una semana en la cama me recuperé casi totalmente. Claro que la garganta se me quedó como si me la hubiesen farrado con papel de lija, pero eso no tiene gran importancia.

Bueno, pues con todo eso, y aunque sólo he fumado una vez en cachimba, creo que preferiría hacer gárgaras con sulfúrico a repetir la experiencia.

Nunca me había encontrado en el radio de acción de una pipa, hasta que un amigo mío músico, virtuoso del pifano, me invitó a escuchar en su casa sus dos últimas obras: «Sinfonía en «mu» para flauta y serrucho» y «Taran-tella a cuatro manos con puesta máxima de peseta».

No me pude poner enfermo a tiempo y tuve que ir. Al acabar el primer tiempo de la Sinfonía, como en los partidos de fútbol, mi amigo se concedió un descanso. Estoy seguro, aunque él no dijo nada, de que el espasmódico temblor de mis orejas y lo ronco de mi respiración, le ayudaron a ver claramente que su música sólo se podía saborear en pequeñas dosis.

Charlamos, y en el curso de la conversación, salió a relucir la cuestión cachimba, y al exponer yo mi prevención hacia ellas, el maldito me invitó a fumar en la suya. Mi capacidad de resistencia estaba notablemente mermada por los hediondos ruidos anteriores, y no supe negarme.

Me entregó un artefacto retorcido de aspecto repugnante. Estaba lleno de una

masa humeante, entre cuyos ingredientes me pareció distinguir, en una rápida ojeada, trozos de badana, limaduras de latón, barro, pelusa de los bolsillos y fragmentos de partitura, junto a otras materias inidentificables, pero sin duda igualmente infectas.

En el centro de aquella masa, dos brasitas, brillantes como dos pequeños ojos, me escrutaron recelosamente.

Anda, hombre, da una chupadita— me animó mi amigo.

«Aquéllo» me lanzó por medio de las brasitas una mirada maligna, que revelaba al enemigo, y emitió un pequeño silbido de desafío, mientras esparcía generosamente trocitos de materia en ignición por mi chaqueta. Las hostilidades estaban rotas.

Yo le respondí con una mirada turbia cargada de amenazas, pero no se inmutó. Al contrario, chisporroteó descaradamente y me colocó con una puntería endiablada tres carbones encendidos entre el cuello de la camisa y mi propio cuello.

Comprendí que estaba vencido.

Lo mejor es acabar cuanto antes, murmuré sombríamente, y me despedí mentalmente de mis amigos.

Y di una «chupadita».

Cuando siete años más tarde, en una taberna de Huelva, un voluminoso minero me golpeó la nuca con un calcetín a rayas verdes y rojas relleno de perdigones, lo primero que hice al despertarme fué preguntar quién había sido el canalla que esta vez me obligó a dar la chupada.

A mi amigo el músico le asesiné a golpes de clavicordio.

M. P.

tes, para que sean examinados por la Comisión que se nombre al efecto.

f) Al terminar el desempeño de su cargo, entregará al que le suceda todos los valores y documentos que tuviera en su poder bajo recibo duplicado, uno de los cuales quedará archivado, quedándose con el otro para su resguardo. Esta entrega, se efectuará a presencia de la Junta entrante y saliente, que intervendrá en dicho acto.

De los Vocales

Art. 21. Es obligación de los Vocales:

a) Auxiliar a los demás miembros de la Directiva, en cuantos asuntos se les encomienden.

b) Suplirles en sus encargos cuando circunstancias excepcionales así lo exigieran.

Art. 22. La Junta Directiva se reunirá, por lo menos, una vez al mes en Junta Ordinaria, y en Extraordinaria, cuantas veces lo estime oportuno el Presidente. Los acuerdos se consignarán en un libro de Actas de Juntas Directivas, que custodiará el Secretario Primero.

Art. 23. Los acuerdos de la Junta Directiva se tomarán por mayoría de votos, no pudiendo ninguno de los componentes abstenerse de votar, y deben estar presentes, para tomar acuerdos, más de la mitad de los que componen la Junta.

En segunda citación, serán válidos los acuerdos sea cualquiera el número de los asistentes.

En todos los asuntos, podrán formularse

Un artista...

JENARO

Una maravilla...

LA TIJERA DE JENARO

ARTISTAS:

Lo seréis doblemente si sentís
por dentro el arte... y por
fuera...

os viste JENARO

ZOCODOVER, 7

Precisando la Asociación de
Artistas Toledanos instalar su
domicilio social, así como un
estudio taller para sus aso-
ciados

ALQUILA

UN LOCAL QUE REÚNA
las adecuadas condiciones

*Ofertas por escrito a la
Redacción de esta REVISTA*

REPISO

MOLDURAS Y CUADROS
CERÁMICA DE TOLEDO Y TALAVERA

COMERCIO, 35 y 37

Teléfono 1357

AVENIDA DE LA RECONQUISTA, Bloque II

Teléfono 2065

TOLEDO

LIBRERIA Y PAPELERIA

G.-MENOR

Venta de colores "ROSALES"

Óleo.

Tempera.

Acuarela.

Pastel.

Lienzo.

Papel.

Pinceles.

Barnices, etc.

MOLDURAS EN TODOS TAMAÑOS

Comercio, 57.-Teléf. 1405

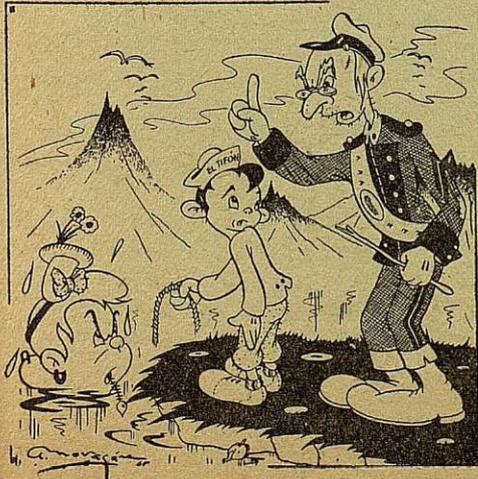
Exclusiva de venta de la acuarela
extrafina "ROSAL FORTUNY"

Precios especiales para los
socios de "ESTILO"

CONFUSIÓN

(Por Moragón)

—Oiga, pollo,
aquí está prohi-
bido bañar va-
cas.





RAFAEL GÓMEZ-MENOR, IMPRESOR
Sillería, 13 y 15 y Comercio, 57.—Toledo

